CAPITULO XVI.

UN AMANTE DE LA VERDAD.—MURALLAS DE POMPEYA.—UN VIRTUOSO Y UN MALVADO.—DOS HOMBRES BUENOS.

Un jóven de fisonomía dulce, interesante y melancólica, se paseaba solitario y meditabundo, al rededor de las murallas y puertas de Pompeya.

Vestia el trage de los sacerdotes de Isis, pero en su suave fisonomía se revelaba, no el orgullo que se veia impreso en el gran ministro de la diosa, Arbace, sino la reflexion y la mansedumbre.

Nuestro personaje miraba con objeto de distraerse aquellas sólidas murallas que la necesidad obligaba en aquellos tiempos á levantar al rededor de las ciudades, á los hombres que se reunian en ellas para defender sus intereses de los continuos ataques de los pueblos vecinos, y que se han conservado hasta nuestros dias de una manera admirable al traves de los siglos, patentizando el cuidadoso esmero y solidez con que fueron levantadas.

¡Cuán lejos estaba aquel personaje, al fijar sus ojos en los notables fuertes que distraidamente observaba, de pensar que despues de mil ochocientos años, se presentarian casi de igual manera á la vista del asombrado viajero, que iria á visitarlos despues de haber permanecido 18 siglos sepultados!

El simpático ministro de Isis, buscando la manera sin duda de distraer su pensamiento de alguna idea que le atormentaba, se quedaba leyendo algunas inscripciones trazadas en los mas antiguos caracteres griegos que daban á comprender, como lo dan actualmente, que la construccion de aquellas murallas se remontaba al tiempo de los Oscos, esto es, al siglo cuarto de Roma, en que, como dejo dicho al principio de esta historia, se extendieron por la Campania.

Meditando despues sobre las evoluciones de las sociedades, trajo á la memoria la época de la guerra social que tuvo lugar noventa y un años antes de Jesucristo en que se aumentaron aquellas fortificaciones, que tres años mas tarde fueron desmanteladas por Sila, que sometió la ciudad haciéndola recibir una colonia romana; fortificaciones que hácia el año de 50 antes de Jesucristo, en que estalló la guerra civil ocasionada por la rivalidad de César y de Pompeyo, volvieron á reconstruirse á toda prisa para ponerlas en estado de defensa.

—Vosotras habeis combatido contra terribles enemigos—pensó el jóven sacerdote contemplando las murallas,—como ha combatido y combate mi corazon contra los matadores tiros de la duda; pero al fin descansásteis, y habeis gozado de tranquila paz desde el reinado de Augusto, mientras mi aflijida alma no ha dejado de luchar un solo instante. El terremoto que se dejó sentir hace diez y seis años, os conmovió un instante, para dejaros tranquilas hasta el presente; pero las oscilaciones que la duda produce en mi pecho, no cesan jamas, y temo que acaben por destruir el edificio de mi ya débil razon.

Y el melancólico personaje se quedó cruzado de brazos contemplando aquellos muros que se levantaban serenos y potentes desafiando los elementos.

Despues de un instante de meditacion paseó la vista por el espacioso círculo en que estaba encerrada Pompeya; circuito que habia de ser desenterrado 18 siglos despues por los franceses desde 1812 á 1814, y por el gobierno napolitano en 1851; contempló las ocho puertas que cerraban la bulliciosa ciudad; admiró la muralla que se compone de un terraplen comprendido entre dos muros, formando con estos un espesor de cinco metros; admiró el muro exterior cuya altura varía de ocho á diez metros, segun la desigualdad del suelo, y que descansa sobre una basa formada de cinco sillares colocados ligeramente en diminucion los unos sobre los otros, de manera que formasen declive; meditó en la remota antigüedad de aquellas sólidas construcciones que están atestiguando aún en caracteres oscos trazados sobre un gran número de piedras, su remota edad, y abismado en las reflexiones que le sujerian, se alejó lentamente, penetró en Pompeya, se dirijió á un bosquecillo situado en el interior de la ciudad, y se puso á pasear debajo de los copudos árboles que sombreaban aquel delicioso sitio.

El meditabundo jóven, era el hermano de Ione.

Buscando en su mente la verdad para abrazarla, se entregaba de continuo á la investigacion, y se exasperaba de no hallar la luz que iluminase su entendimiento.

Al internarse por el bosquecillo, se encontró de repente con el gran sacerdote de Isis.

Apoicide sintió aquel encuentro y trató de alejarse para no verse obligado á sostener una conversacion con Arbace.

El gran sacerdote de Isis leyó la intencion del reflexivo jóven, y para obligarle á detenerse, le dirijió la palabra diciéndole:

—¿Por qué tratas de alejarte de mí, y evitas el hablarme y aun el verme, hijo mio?

Apoicide iba á responder con despecho; pero reprimió su disgusto y guardó silencio.

La presencia de Arbace produjo en él una violencia que apenas era dueño de dominar. Sus labios temblaban y su pecho se hallaba violentamente agitado.

El gran ministro de la diosa comprendió lo que pasaba en el corazon del jóven Apoicide, cuyo semblante denunciaba de una manera marcada los afectos del alma.

Arbace, como hombre de mundo y de experiencia, en vez de darse por entendido de lo que leia en la contraccion de las facciones del hermano de Ione, finjió interpretar de una manera favorable aquellas marcadas señales de odio, y le dijo con afectuoso acento:

—Tu rostro me revela que tu corazon es presa de algun profundo pesar que te inquieta y que me alarma: te amo como á un hijo, y no puedo ser indiferente á tus penas: habla, pues, mi querido Apoicide: ¿tienes que revelarme alguna cosa?

—¡A tí!..... nada. Tú eres mi enemigo—exclamó el hermano de Ione con sequedad y enerjía.

—¡Yo tu enemigo!.....

—Sí, tú.

—Me sorprende y me asombra esa contestacion, que arroja sobre mí una acusacion que no he dado motivo para que la formulases jamas.

—Y sin embargo es justa.

—Quiero que me digas en qué se funda: me intereso por tu suerte, y anhelo saber el motivo que alientas para juzgarme enemigo tuyo. Sentémonos aquí, y hablemos como dos buenos amigos.

Apoicide permaneció quieto; pero Arbace, llevándole á su pesar consigo, le condujo á un banco de césped que estaba próximo, y le hizo sentarse á su lado.

El hermano de Ione se hallaba en la primavera de la edad, y sin embargo, parecia que los años de la reflexion pesaban ya sobre él. Sus facciones, aunque delicadas y bellas, habian perdido parte de su primitiva frescura y lozanía; sus grandes ojos negros, algo hundidos por la meditacion y las vijilias, brillaban bajo de sus largas y sedosas pestañas con ese siniestro resplandor que produce la fiebre: su cuerpo delgado y flexible, empezaba á encorvarse lijeramente á causa de llevar constantemente fija la vista en el suelo, abismado en sus meditaciones. Tenia gran semejanza con Ione; pero su fisonomía no presentaba aquella tranquilidad magestuosa que resaltaba en su simpática hermana, y que aumentaba los hechizos de su proverbial hermosura. En el fuego de su mirada, en el estremecimiento de sus labios, en la hinchazon de sus sienes, era fácil conocer que la parte intelectual de su sér, estaba dominada por la facultad imaginativa é ideal.

—Has lanzado contra mí una acusacion que me desgarra el alma, y deseo que me digas en qué se apoya—repuso Arbace, no bien tomaron asiento sobre el banco.

—¿Desconoces su fundamento?

—Completamente.

—¿No he buscado en tí la verdad de esa religion que tú profesas y ensalzas, y no he descubierto en varios de sus ministros la supercheria y el engaño?

—¿Y me crees por esto tu enemigo?

—Buscar la luz, y envolverle á uno en las tinieblas, es un acto indigno del que blasona de poseer la santa virtud de la amistad.

—Porque te has revelado justamente contra las supercherías de los sacerdotes de Isis, te imaginas que tambien pretendo engañarte.

—¿Y carezco de justicia para ello? ¿Por qué me has ocultado esas supercherías?—replicó Apoicide con vivacidad.—Tú me habias hablado de hombres consagrados á las ciencias, amigos del género humano, despreciando los placeres de la vida para dedicarse al culto sublime de la virtud; y en vez de esos hombres, tú me has dado por compañeros séres manchados de vicios, que no conocen otra ciencia que la de engañar á los desgraciados que recurren á sus oráculos. ¡Oh, cuánto mal me has causado! Tú me has hecho perder la gloria de la juventud, la conviccion de la virtud, la sed santificante de la sabiduría. Jóven y

rico, he hollado con mis piés sin sentimiento alguno, todo lo que puede hacer agradable la vida, por los misterios de la divinidad, por la compañía de los dioses. Y al presente.....

Y al decir estas palabras, ahogados suspiros embargaron su voz, se cubrió el rostro con ambas manos, y derramó un torrente de lágrimas.

—Lo que te he prometido te cumpliré—dijo Arbace.—Todavia no has sufrido las pruebas del noviciado. Olvida á tus compañeros, á esos viles esclavos á quienes te sobra razon de denominar séres manchados de vicios. Tú eres digno de entrar en el recinto sagrado, y quiero ser yo mismo quien te introduzca en él. Escúchame.

Apoicide fijó sus ojos en el cetrino rostro del egipcio, y disponiéndose á oirle le dijo:

—Te escucho: habla.

—Tú sabes—dijo Arbace—que el Egipto poseía mucho antes que los demas pueblos, todas las artes de la sabiduría y de la civilizacion, y que del Egipto es de donde los griegos y los romanos han recibido cuanto conocen de mas sublime en religion. Pero así como las naciones modernas deben su grandeza al Egipto, así el mismo Egipto debe su grandeza á sus sacerdotes.

—Continuad.

—Avidos de reinar sobre la parte mas noble del hombre, esos antiguos ministros de la religion compusieron una augusta alegoría de todas las revoluciones físicas y morales que nos presentan el cielo y la tierra, y la hicieron palpable al vulgo ignorante, bajo los signos visibles de dioses y de diosas. Isis es una fábula, ó mas bien no es nada; pero la naturaleza que representa, es la de ese sér inexplicable y misterioso de quien *ningun mortal ha descorrido el velo* (1), y á quien nosotros llamamos *la madre de todas las cosas*. Para los sabios ese velo ha caido ya; pero á fin de ser útiles á los demas hombres que rehusan creer una máxima y reverencian un oráculo, esos sabios están en el deber de engañarles.

—¿Es posible?

—Como la pompa que rodea al emperador de Roma le presta prestigio y fuerza, así nuestros oráculos y nuestros ritos son los instrumentos de nuestro poder. De esta manera los emperadores y nosotros caminamos á un mismo fin, que es el de la felicidad de los hombres, del órden, de la paz y de la armonía en la sociedad.

Apoicide guardaba silencio; pero la expresion de su semblante revelaba el efecto que producian en su ánimo aquellas palabras que parecian mucho mas elocuentes por el acento y la mirada del que las pronunciaba.

—De esta suerte—siguió diciendo Arbace—mientras que nuestros antecesores se atraian hácia ellos el respeto de la multitud, inventaban las leyes y las artes. Ellos pedian la fe, y daban, en cambio, la civilizacion. ¿Dirás que sus imposturas no equivalian á la virtud, y que no merecieron el bien del género humano? Si te hubiera descubierto las supercherías de tus compañeros, hubieras rehusado, antes de conocer la sublime mision á que te llamaban tu energía, tu talento y tu entusiasmo por la virtud, y la diosa Isis hubiera perdido un excelente sacerdote. La prueba que has sufrido es la que se le impone á todo el que quiere consagrarse al culto de nuestra divinidad. Aquellos cuyo limitado ingenio acepta por ver-

(1) "*Yo soy todo lo que ha sido, lo que es y lo que será. Ningun mortal descorrerá mi velo.*" *Esta inscripcion se hallaba en el templo de Saïs, donde se adoraba una deidad misteriosa, semejante al* dios desconocido *de los atenienses.*

dades las imposturas con que se contenta el vulgo, no llegan jamas á un rango superior; pero los que como tú, son capaces de alcanzar un fin mas elevado, la religion descorre sus mas profundos misterios. Estoy sumamente contento, querido Apoicide, de haber encontrado en tí el hombre que yo deseaba. Tú has pronunciado los votos, y ya no puedes retroceder. Avanza, pues, con valor: yo seré tu guía.

—¿Y qué puedes tú enseñarme, hombre terrible y extraño?

—Yo te he sumido en el abismo de la incredulidad: ahora quiero conducirte por las altas regiones de la fe. Despues de haber visto los símbolos groseros, vas á conocer las sublimes realidades que representan.

—¡La realidad!

—Sí; yo te lo prometo.

—¿Y esa promesa.....

—La cumpliré: ve esta noche á mi casa, y te iniciaré en los secretos de la verdadera ciencia: la luz que deseas, brillará á tus ojos con todo su esplendor, y las sombras de la duda se disiparán ante sus luminosos rayos para dar paso á la verdad que se presentará con toda su belleza. ¿Irás á verme?

Seducido, arrastrado Apoicide por el lenguaje del egipcio, exclamó con resolucion:

—Iré.

—¿Me lo prometes?

—Lo prometo.

—Siendo así, te dejo: tu alma será iluminada, y la diosa Isis tendrá en tí uno de sus mas dignos ministros. Hasta la noche.

—Hasta la noche.

Arbace estrechó la mano de Apoicide, y el maestro y el discípulo se separaron en el mismo instante.

El egipcio, contento de la docilidad del jóven novicio, se dirijió con aire majestuoso hácia el centro de la ciudad pensando en los medios de ganarse el corazon de su discípulo.

Apoicide, quieto en un punto, le siguió con la vista hasta verle desaparecer entre el jentío.

Luego trayendo á la memoria la promesa que le acababa de hacer, pronunció entre labios:

—Esta noche se descorrerá el velo que envolvia la verdad.....¡Oh!.....¡con cuánta impaciencia espero la terminacion del dia!

Y el hermano de Ione, cruzando los brazos sobre el pecho, y con la mirada fija en el suelo, quedó en profunda meditacion.

Luego exhalando un suspiro, pero siempre con los brazos cruzados y con la vista clavada en tierra, continuó su paseo solitario, preocupado con las ideas que de continuo dominaban su pensamiento.

No bien habia andado algunos pasos, cuando un hombre se acercó á él, y le tocó en el hombro.

El novicio de la diosa Isis volvió la cabeza, y al ver al nuevo personage, se detuvo.

—Apoicide—dijo el que acababa de llegar, haciendo con la mano el signo de la cruz que revelaba al cristiano.

—¿Qué hay, nazareno? ¿qué quieres?—preguntó el jóven sacerdote palideciendo.

—No quiero interrumpir tu meditacion; pero la vez última que nos encontramos, me parece que no la juzgaste tan importuna.

—Tú no eres nunca importuno, Olinto; yo soy aquí el único triste y fatigado: me es imposible discutir esta noche contigo sobre las cosas que mas gratas te son.

—¡Oh corazon débil! ¡Estás triste y cansado y te alejas del único manantial que te puede refrescar y darte la salud!

—¡Oh mundo!—exclamó el jóven sacerdote golpeándose el pecho con el puño, poseído de una terrible desesperacion.—¡Cómo podrán mis ojos reconocer el verdadero Olimpo, el que realmente habitan los dioses! ¿Debo escuchar á este cristiano y creer que mis padres no adoraron despues de tantos siglos mas que unas quimeras, ó debo escuchar á Arbace y pensar..... que?.....

Apoicide calló, y se alejó rápidamente como un desgraciado que procura huir de sí mismo.

Pero Olinto era uno de esos hombres que marchando sobre las huellas de los apóstoles, no se desaniman por ninguna dificultad cuando se proponen ganar un alma para Jesucristo; tan ardiente era la fe que les inspiraba.

Animado de santo celo, Olinto resolvió que Apoicide no se le escapara, y corrió tras él hasta alcanzarle.

—No me espanto, amigo mio, de ver que he trastornado todas las facultades de tu espíritu; si te encuentras en la duda y las tinieblas, como un náufrago en medio de un mar sin playa, no, yo no me espanto de eso; pero te ruego que no pierdas el valor. *Vela y ora;* las tinieblas se desvanecerán; y así como los apóstoles vieron en otro tiempo al Señor sobre el mar de Samaria, tú le verás venir en tu socorro para salvar tu alma. Nuestra religion es exijente, es verdad; nos impone deberes penosos á nuestra naturaleza corrompida; pero en cambio, ¡cuán pródiga es en sus dulces dones! Nos molesta durante una hora, y nos indemniza con usura con una eternidad de bienaventuranza.

—Con promesas parecidas á esas—respondió Apoicide con disgusto—han logrado los hombres engañar y seducir en todos tiempos. ¡Ah! qué seductoras y magníficas fueron aquellas que me condujeron al templo de Isis!..... y sin embargo.....

—Pero, amigo mio, interroga á la razon. Una religion que ultraja la moral, ¿puede ser la verdadera? ¿Qué son todos esos dioses que adorais? ¿Cuáles son sus acciones, los atributos de su divinidad? ¿No los representais como los mas grandes criminales? ¡Y sin embargo, se exije que les sirvais como á las mas altas divinidades! Júpiter es parricida y adúltero, y los dioses inferiores no son mas que los serviles imitadores de sus vicios. ¡Se os dice que no asesineis, y se os hace adorar á los asesinos! ¡Se os prohibe el adulterio, y dirijís vuestras preces á un adúltero! ¡Qué horrible burla de lo que el hombre tiene de mas santo, la fe!

—Es cierto.

—Vuelve ahora las miradas hácia nuestro Dios, hácia el solo Dios verdadero, á cuyo altar quiero conducirte. Si este Dios te parece demasiado espiritual para esa union misteriosa del Criador con la criatura, contémplale en su Hijo que está revestido de nuestra carne, pero no de nuestros vicios como vuestros dioses. En Él se ven unidas las costumbres mas austeras con los mas dulces afectos. De Él es de quien habla Platon cuando despues de haber dicho: «Viene este Divino Legislador á imprimir con caracteres de fuego sobre el « mármol y el bronce la ley antigua que las pasiones y los errores han borrado del corazon « del hombre,» añade: «Si la austeridad de la ley desmaya, si ella asusta nuestra debilidad, « que envie un hombre justo cuyas virtudes sirvan de aliento y de modelo. Es menester

« que este hombre no tenga aun la gloria de parecer justo, para que no se suponga que lo es « por vanidad: es preciso que se vea despojado de todo, á excepcion de su virtud; es preciso « que sin dañar á nadie sea tratado como el mas malo de todos; que persevere hasta el fin « en la justicia; que sea azotado, cargado de fierros, que se le clave á la cruz, que se le ha- « ga espirar entre los mas crueles tormentos.»

—La virtud del hombre de Platon es la virtud sublime, la virtud como yo la comprendo.

—Vosotros honrais á Sócrates: tiene su secta, sus discípulos, sus escuelas. Pero ¿qué son las virtudes dudosas del filósofo ateniense si las comparamos con la santidad incontestable, activa y llena de amor de Jesucristo? ¿Quién otro que el Hombre-Dios pudo decir jamas: *Quién de vosotros me argüirá de pecado?* Él vino al mundo como el modelo de los venideros siglos, para mostrarnos esa virtud que Platon se afanaba por ver unida á un cuerpo, y murió para reconciliarnos con su Padre, hacernos *santos, puros é irreprensibles delante de Él.* Hé aquí el sacrificio que Él ha hecho por el hombre; y la auréola de gloria que rodea su resurreccion, no solamente ilumina la tierra, sino que tambien nos abre las puertas del cielo.

—¡Oh!..... si eso fuera así!.....

—Su moral, es la moral sublime que constituye la felicidad del mundo entero. ¡Amar al prójimo como á nosotros mismos!..... ¡Perdonar á los que nos ofenden!..... ¡Ser caritativos con el desgraciado!..... ¡Amar la virtud como el bien supremo del alma!..... ¡No hacer daño á nadie y procurar todos los bienes posibles á la humanidad entera!..... ¡Oh!..... ¿Puede esta admirable doctrina reconocer otro orígen que el de la Divinidad que adoran los cristianos?..... ¿Quién, sino el Hijo de Dios, el Hijo de ese Dios puro y sin mancha, infinitamente sabio y recto, pudo predicar esas divinas máximas que sembrando la felicidad en la tierra, conducen al hombre á las celestes regiones de la gloria?.....

—Callad, callad; vuestras palabras me conmueven.

—Dios ha tocado tu corazon, Apocide; sí, el Señor opera sobre tu alma un cambio salvador. Ven, no resistas por mas tiempo á esa santa impulsion; ven sin titubear, sígueme. Varios de nuestros hermanos se encuentran reunidos en este instante para orar; permíteme que te conduzca á donde se hallan. Dices que estás triste y cansado. Pues bien; el Señor te llama. De Él son estas palabras que deben alentarte: "*Venid a mí, todos los que andais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Traed mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que manso soy y humilde de corazon, y hallareis reposo para vuestras almas. Porque suave es mi yugo, y ligero el peso mio.* (1)

—No puedo marchar ahora—replicó Apoicide:—iré otra vez.

—Ahora precisamente es cuando debes venir—continuó Olinto procurando detener al jóven que trataba de alejarse.—Detente, mira y teme.

Y al pronunciar estas palabras le mostró el Vesubio, sobre el cual se veia suspendida una nube negra y amenazadora.

Pero aun no habia sonado para Apoicide la hora de la gracia.

—Me es imposible seguirte hoy—exclamó con acento solemne.

—¿Quién te lo impide?

—La promesa que he hecho de asistir á otro sitio en que me esperan.

[1] *San Mateo, cap. XI, v. 28, 29 y 30.*

—¿Quienes?

—Arbace.

—Desiste, por tu bien, de ese empeño.

—¡Imposible!—exclamó el jóven tratando de alejarse.

—Pero.....

Apoicide nada quiso escuchar. Encadenado por las promesas del egipcio, se desprendió de las manos de Olinto; y conociendo que era necesario hacer un esfuerzo supremo para vencer la irresolucion que la elocuencia del sacerdote cristiano habia empezado á operar en su alma agitada y confusa, huyó de allí con una prontitud que hubiera hecho inútil toda persecucion.

Olinto le siguió con la vista unos instantes, y sus ojos se cubrieron de lágrimas.

Al verle desaparecer, se retiró detras de una enramada, se puso de rodillas, y oró por la salvacion de aquel cuya resistencia no podia vencer.

Entretanto, Apoicide, luchando con las encontradas ideas que se agolpaban á su mente, recorrió á la ventura algunas calles de Pompeya.

Fatigado y sin aliento se encaminó hácia el templo de Isis; pero temiendo encontrarse con alguno de los sacerdotes que él miraba con repugnancia, se alejó sin entrar en su recinto.

Buscando la manera de hacer menos lentas las horas que le restaban para presentarse á Arbace, y anhelando distraerse de sus pensamientos, se alejó de nuevo de la ciudad y se dirijió del lado del volcan, cuyo aspecto se manifestaba cada vez mas sombrío y espantoso.